

LOS BORGIA

Mario Dal Bello

LOS BORGIA

La leyenda negra



Ciudad Nueva

Título original:
La leggenda nera. I Borgia
© 2012, Città Nuova Editrice
Via Pieve Torina, 55 - 00156 Roma

Traducción: *Javier Rubio*
Edición: *Ana Hidalgo*

Maquetación y diseño gráfico: Antonio Santos
Foto cubierta: Bartolomeo Veneto, *Flora* (detalle)
Städelsches Kunstinstitut, Fráncfort

© 2016 Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-345-4
Depósito legal: M-5.915-2016

Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

La leyenda negra

Medelana, cerca de Ferrara, 22 de junio de 1519.

En un lecho cubierto por un sólido baldaquino de una estancia del Palacio Ducal yace una figura pequeña y delgada. Está muy mal. Para calmarle el dolor de cabeza, los médicos le han rasurado ese hermoso cabello rubio que tanta fama le daba. Sangra por la nariz.

Es Lucrecia Borgia, duquesa de Este desde hace catorce años, esposa del duque Alfonso. La mujer ha dado a luz hace unos días a una niña sietemesina tan débil, que la han bautizado enseguida: Isabel María: un parto doloroso que ha dejado a la madre agotada y presintiendo su muerte. Al igual que todos sus hermanos, también ella, Lucrecia, la hija del papa Alejandro VI, morirá joven.

Hacía un mes le había escrito al papa León X pidiéndole oraciones y su bendición. Sus siete embarazos habían sido peligrosos y difíciles. Tras las frases devotas y elegantes, el pontífice florentino, que la conocía desde jovencita, había intuido su angustia. «¡Ah!, ¿estáis encinta?», le había preguntado. Y había trazado en el aire un amplio gesto de bendición diciendo: «Nos place, Dios os guarde».

Luego comenzaron los dolores de parto, el nacimiento de la pequeña y la fiebre. Había hecho testamento. Como terciaria franciscana que era, había confesado y comulgado. Pero resistía, no quería morir. Con un enorme esfuerzo, aquella tarde del 22 de junio, mientras el sol caldeaba los campos de trigo circundantes, Lucrecia pidió un caldo concentrado. Estaba tranquila, parecía haber emprendido el camino de la curación. Al menos eso les pareció a los médicos que estaban a su lado.

Sin embargo, al día siguiente empezó su agonía. Dos días más tarde Lucrecia estaba calmándose. Luego, el día 24, el final. Sus últimas palabras: «Soy de Dios para siempre». Alfonso, ese duro soldado que se había casado con ella en un matrimonio político, estaba desconsolado. No podía creerlo. Ella, una Borgia, había conseguido hacerse querer, por él y por toda Ferrara.

Así concluye la aventura de Lucrecia, la auténtica.

Ah, pero ¿no era ella la envenenadora, la incestuosa, la lujuriosa de las crónicas del siglo XV del notario romano Stefano Infessura y sus amigos, o la de los relatos del jefe de protocolo pontificio Giovanni Burcardo, de los historiadores Maquiavelo y Guicciardini y de los poetas Sanzaro y Pontano, implacables adversarios de los Borgia?

Lo iremos descubriendo en este viaje por la leyenda negra de los Borgia, una familia que lleva cinco siglos encendiendo la historia.

1. Alonso, un prelado en auge

En Roma, las ciénagas y charcas que se forman en las vaguadas entre las colinas, las casas al nivel del Tíber, los desechos y la falta de higiene han vuelto a traer la fiebre malárica; y no solo en verano, cuando el calor es sofocante. La fiebre se lleva a los ancianos y a los débiles.

El delicado pontífice Nicolás V no ha aguantado. Ha tenido que dejar la Biblioteca Vaticana, que había refundado, atestada de volúmenes en los que ha gastado sumas enormes. El papa bibliófilo, pequeño y delgado, quería que Roma fuese el centro de la renovación cultural europea, darle una luz cristiana al movimiento de los humanistas, enamorados de lo clásico. Los años de su pontificado han sido pacíficos después de una serie de papas y antipapas que desde 1378 habían corroído la Iglesia por dentro, creando confusión y también una fiebre religiosa que estaba reclamando una reforma de la Iglesia misma. Hasta que él, Nicolás, había sido por fin reconocido como papa único por todos.

Ahora, una vez muerto el 24 de marzo de 1455, empiezan las maniobras del cónclave. ¿Quién será el nuevo papa?

Alonso de Borja, un aragonés al que ya todos llaman Alfonso Borgia, de 77 años, alto, de escaso cabello blanco, seco como un clavo y de inteligencia aguda, alberga una convicción: va a ser él. Y no por presunción, sino porque recuerda muy bien lo que le ocurrió cuando tenía quince años, en Játiva, su pequeña ciudad fortificada del Reino de Aragón, suspendida en una ladera sobre un valle de abundante agua, con naranjos y rosales. Por allí había pasado Vicente Ferrer, un dominico fogoso que había percibido su devoción. Corrían los duros años de dos papas enfrentados: en Roma, Urbano VI, el tozudo napolitano defendido por Catalina de Siena; y en Aviñón, el suizo Clemente VII, defendido por Vicente como legítimo pontífice. En aquella época ni siquiera los santos –y Ferrer lo era– tenían visión de futuro. «Llegarás a la más alta dignidad que un mortal pueda alcanzar», o sea, el pontificado, le había dicho el fraile al muchacho.

Alonso nunca se olvidó de aquello. No iba por ahí diciéndolo, pero sí a su familia, a la que estaba muy unido. Tenía cuatro hermanas y quizá su preferida era Isabel, esposa de Jofré de Borja y Oms, e iba a verla cada vez que podía. Y es que Alonso, un excelente jurista, era muy solicitado, tanto por el papa aragonés Benedicto XIII, sucesor de Clemente, como por su rey Alfonso V. Poco tiempo le dejaba, pues, ese soberano que se servía de él todo lo que podía. En 1429 lo había enviado a encaramarse a la península de Peñíscola, una fortaleza cortada a pico sobre el mar. Aquí, junto con el legado papal, el cardenal De Foix, había obtenido que el enésimo antipapa, Clemente VIII, renunciase y se sometiese al romano Mar-

tín V, un Colonna, con quien el rey había decidido hacer las paces. La abdicación del pontífice aragonés había sido teatral, al gusto español. Derecho en su trono, Clemente VIII había depuesto una tras otra todas las insignias papales (tiara, estola, manto, vestidura blanca) y vuelto a vestirse con los viejos paños de doctor.

Con esta victoria, Alonso había empezado una carrera fulminante, premiado por Roma y por Alfonso: arzobispo de Valencia a los 55 años, consejero del soberano y preceptor de su hijo. Y luego, a los 66 años, el momento más importante: lo nombran cardenal porque de nuevo ha logrado sellar un tratado de paz entre Alfonso, que ahora también es rey de Nápoles, y el papa veneciano Eugenio IV.

Alonso ya vive en Roma desde hace once años. En la colina del Celio ocupa un palacio al lado de la basílica de la que es titular, la de los Cuatro Santos Coronados, cerca de la Via Lateranense, a lo largo de la cual pasan los cortejos papales. Desde las ventanas de su iglesia-fortaleza, la única que resistió en su momento las correrías de los normandos, el cardenal distingue las torres de los barones, las familias de la nobleza romana: Orsini, Colonna, Caetani, Savelli y Conti. Cada una tiene su clientela y vive atrincherada en los barrios que controla. Los enfrentamientos entre facciones son frecuentes y sangrientos. La lucha de los exponentes de dichas familias por conquistar el papado dura desde hace siglos.

El cardenal observa esa Roma cuyos barrios medievales –de casas altas y calles estrechas y serpenteantes– conviven con basílicas, palacios cardenalicios y las inmensas

ruinas que se levantan desde abajo: el Coliseo, cantera de mármol travertino durante siglos y fortaleza; el Foro, donde hay rebaños pastando; las murallas Aurelianas, en las que se abren grandes puertas de entrada a la ciudad. Al anochecer se cierran y Roma se precipita en la más espesa oscuridad. Es peligroso salir de noche: puede uno tener encuentros muy desagradables.

Alonso piensa en esta ciudad extraña e inquieta y se prepara para el cónclave. Sabe que los cardenales no quieren elegirlo. Nadie quiere saber nada extranjeros, después de setenta años de sometimiento real y humillante del papado en Francia en el siglo anterior. Pero está esa profecía de Vicente Ferrer.